

LA GEOMETRÍA SILENCIOSA DE LAS COSAS

Ana Isabel Cámara García

Primer premio del X certamen Madrid Sky

Siguió el movimiento de sus labios y adivinó las palabras. Si se lo hubiera dicho a ella le habría besado. Como antes. Pero se lo estaba diciendo a la camarera que le sirve los Martini, mientras ella espera en la terraza mirándole a través de los cristales. Un helicóptero lleva horas sobrevolando la zona y el ruido empieza a ser latoso. Al parecer un chico, intentando cruzar la ría a nado, ha desaparecido. Es una ría pequeña, un brazo de mar sometido a las mareas. Todo apunta a que el cuerpo no puede estar muy lejos, así que el helicóptero sondea el mismo cielo sobre las aguas, una y otra vez, convirtiéndose en una especie de abejorro gigante. El fin de semana en la playa no está resultando como ellos esperaban. Él sale del bar con las copas y una sonrisa adulterada.

—¡Ey!, ¿te pasa algo?, tienes mala cara.

—No es nada, creo que he tomado demasiado el sol.

Ella no sabe desde cuando sus conversaciones se han convertido en una deriva del gris, algo que provoca la misma debilidad que la exposición al plomo, anemia vital.

—¿Tenemos plan para esta tarde?

—No. Yo creo que bajaré a la playa a leer un rato.

—¿Otra vez? ¿No te cansas de hacer siempre lo mismo?

Ella piensa si él no se cansa de ser un gilipollas y a punto está de verbalizarlo, pero no lo hace porque sabe que esta tregua se basa también en eso, en lo que no se dicen.

—Yo no puedo más con el ruido de este helicóptero, me está volviendo loco, creo que iré al pueblo.

Hay ruidos blancos. La turbulencia del helicóptero es un ruido blanco, un sonido que contiene todas las frecuencias de la misma potencia y que puede resultar relajante. Después de comer, él se va al pueblo y ella baja a la playa donde se adormece acunada por el ronroneo de las hélices, que siguen batiendo el aire sobre la bahía. Al cabo de un rato se espabila, ha cesado el aleteo y ahora lo extraño es el silencio. Un murmullo de gente en el paseo marítimo, alrededor del puesto de Salvamento, va dilatando el rumor, han encontrado el cadáver del joven ahogado. Han transcurrido 24 horas desde su desaparición. Un día. La obstinada sucesión de amaneceres y atardeceres con la que gira el mundo. En un día se envían 300 millones de tuits, cada hora 32 personas son

diagnosticadas de cáncer, un día es suficiente para que un tornado arrase Mississippi, un día para que un cuerpo se descomponga debajo del agua. Al final, después del moscardeo continuo del helicóptero, el mérito es de un perro labrador de la Guardia Civil. Un perro adiestrado para olfatear la muerte. El instinto animal. A ella le viene a la memoria un pensamiento recurrente y algo se quiebra en su interior. Los buzos rescatan el cadáver encallado a la altura del embarcadero del pueblo. La gente se va dispersando como piezas perdedoras de una tabla de ajedrez, hasta que la playa queda desierta. En la arena castillos, estrellas de plástico, huellas cruzadas, conchas de marfil. Geometrías silenciosas. Ella vuelve al hotel y hace la maleta. Sin prisa, con latencia. Esta vez sin vuelta atrás. El sol está bajando y, a punto de esconderse tras las dunas, dibuja un arco crepuscular reflejado en las flemáticas aguas que aspiran llegar al mar. Él vuelve tarde, cuando todo se ha silenciado y deshabitado.